



NUM. 12. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs., un año 80 rs.

MADRID 25 DE MARZO DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA. PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO X.

REVISTA DE LA SEMANA.



¡Igne el termómetro en pugna con el calendario. La primavera llega y el invierno no desaparece: de aquí resulta una anarquía estacional tan incómoda como insalubre.

De vez en cuando el sol rasga las nubes, la tierra estremecida de placer bajo la impresión de sus besos de luz, se dispone á revestirse con sus mas espléndidas galas, los árboles se cubren con sus primeras y transparentes hojas, los insectos de oro y de colores revolotean zumbando en torno á la flor de los tempranos almendros, y los habitantes de la coronada villa salen á disfrutar de las delicias primaverales á la Castellana ó al Retiro; pero de pronto cambia la decoracion, las nubes se amontonan, el viento Norte se desencadena y lo que comenzó en idilio acaba en catarro. El almanaque, inflexible como el destino, sigue su marcha al través de estas bruscas variaciones y marcando impávido las estaciones y las solemnidades, con la exactitud de un cronómetro, nos lleva insensiblemente del Carnaval á la Cuaresma, de la Cuaresma á la Pascua, hasta llegar el día de San Silvestre en que deja el puesto á otro año y á otro cicerone que con la misma imperturbabilidad continúa la tarea.

Siguiendo su itinerario nos encontramos hoy en la *Semana de Dolores* que puede llamarse propiamente el dintel de la *Semana Santa*.

A medida que se aproxima la época en que la Iglesia conmemora los augustos misterios de nuestra redencion, nótese una especie de recogimiento gradual que de dia en dia va haciéndose mas perceptible. La concurrencia á los teatros disminuye, el interés de los negocios públicos se debilita, hasta la actividad y el movimiento individuales parece que se disponen á entrar en un período de quietud y de reposo. La meditacion es hija de la calma y el silencio. ¿Y quién habrá tan incrédulo ó tan indiferente que como cristiano y como filósofo no se sienta embargado aun á su pesar por las graves ideas que en estos dias solemnes asaltan la imaginacion? Los rumores de la vida política, la inquietud febril de la lucha de los intereses terrenales y el ruidoso tráfigo de la actividad humana, como las olas que vienen á morir en la orilla del mar, vienen en estos instantes á morir y á apagarse á las puertas del templo, que despliega todas sus pompas para cautivar y absorber el ánimo de los fieles. Una de las mas grandes misiones del arte ha sido en todas las épocas levantar el espíritu por medio de sus obras á regiones elevadas, predisponiéndole á la concepcion de cierto género de ideas. El catolicismo se ha valido de él como de un poderoso intérprete para llegar hasta el fondo del alma por medio de los sentidos.

En estos dias mas que nunca puede apreciarse hasta donde contribuyen á la magestad y á la imponente belleza del culto las sublimes creaciones del arte cristiano. Considerada bajo este punto de vista, la *Semana Santa* de la corte no es la que ofrece mas poderosos atractivos; pero la facilidad de las comunicaciones va generalizando tanto la costumbre de asistir á esta solemnidad en otros puntos, célebres por el esplendor y la grandiosidad de sus ceremonias religiosas, que la mayor parte de la buena sociedad madrileña se divide entre Toledo y Sevilla, que con algunas capitales de provincias importantes justifican la fama que gozan en este concepto.

Las circunstancias que dejamos apuntadas han contribuido á que en la semana última encontremos pocas novedades de que ocuparnos.

La cuestion de Chile ha ofrecido, no obstante, algun entretenimiento á la curiosidad pública. Segun las últimas noticias recibidas, las repúblicas del Ecuador habian hecho un tratado de alianza ofensiva y defensiva con los enemigos de España. En cambio de este suceso, que despues de todo carece de importancia

verdadera, pues el Ecuador solo puede ofrecer á sus nuevos aliados estériles simpatías, la Mala del Pacífico nos ha traído una nueva favorable á nuestros intereses. La fragata peruana *Amazonas* y el vapor *Loa* han naufragado. Ignóranse aun los pormenores de este siniestro, del que sin embargo no puede dudarse, habiéndose recibido la noticia por diferentes conductos: solo sabemos que el gobierno peruano ha hecho prender á los capitanes de estos buques para abrir una informacion facultativa. No siempre la fatalidad ha de prestar ayuda á nuestros enemigos. El desastre de la *Amazonas* y el *Loa* vienen á compensar en cierto modo la desgracia que nos hizo perder uno de nuestros mas hermosos buques enfrente de las islas Chinchas. Respecto á pérdidas casuales, puede decirse que estamos en paz y jugando. En la cuestion de honra algo se ha hecho, entregando á las llamas las embarcaciones mercantes apresadas; pero todavía esperamos que nuestra marina hará todo lo que exigen de ella sus gloriosos antecedentes y la esperanza que el país entero funda en su valor y heroísmo.

Los asuntos de política extranjera, que afectan mas directamente á otras naciones, aunque á paso de tortuga, tambien van adelantando algo en su desenvolvimiento. Ya tenemos en campaña un candidato para el trono de los Principados, vacante por la forzosa abdicacion del príncipe Couza. El emperador de Rusia propone para esta prebenda al duque de Leuchtemberg, que en la actualidad se encuentra en Italia. Los representantes de los diversos países que han tomado parte en las conferencias celebradas en París para arreglar este complicado negocio, no creemos que acordarán todos sus simpatías al candidato ruso, pues en pormenores de mucha menos entidad no han podido aun ponerse de acuerdo. Y lo que acontece en París respecto de la cuestion de los Principados del Danubio en la conferencia política, se reproduce en Constantinopla con motivo del itinerario de las caravanas de la India en el congreso sanitario. Si solo hubieran asistido médicos á esta reunion salvadora, todavía juzgaríamos muy difícil que la ciencia, aun siendo ciencia, lograra ponerse de acuerdo consigo misma por medio de sus representantes; pero habiendo interpolado los diplomáticos con los doctores, el resultado de todo será seguramente el contenido del libro que leia Hamlet: *¡Palabras, palabras, palabras!*

En efecto: el congreso sanitario discute aun acalor-

radamente sobre la marcha de las caravanas y los medios de precaucion mas convenientes, y ya los peregrinos del Ganges comienzan á ponerse en movimiento y el cólera se cierne sobre algunos puntos del litoral del Mediterráneo. Mientras los médicos entran en acaloradas polémicas sobre el principio morboso generador del terrible azote, los diplomáticos han tenido tiempo de deslizarse en medio de la discusion algunas frases alusivas á intereses políticos de este ó aquel pais ocultas bajo el manto de la filantropía, y hé aquí lo bastante para que las conferencias científicas de las cuales, tanto esperaba la humanidad terminen, segun la gráfica espresion del vulgo, como merienda de negros.

El *bill* de reforma electoral, presentado á las cámaras británicas, promete asimismo ser objeto de largas y acaloradas controversias por parte de los representantes del pais. Desde luego el proyecto de reforma solo hace aplicacion de los nuevos derechos á Inglaterra excluyendo la Escocia y la Irlanda. Estas restricciones á mas de aumentar la esasperacion de los paises á que se refieren, son acogidas con evidente disgusto entre los radicales á quienes no impone la obligacion de callar el interés del gobierno. Por su parte los conservadores han celebrado un *meeting* con asistencia de casi todas las notabilidades del partido en el cual se acordó presentar la batalla al gabinete en ambas cámaras. Acerca del resultado de la campaña parlamentaria que se inaugura con el *bill* de reforma, se hacen muchos comentarios no faltando quien se anticipe á predecir la derrota del gabinete.

Estas levantadas y luminosas discusiones del parlamento inglés y las que actualmente tienen lugar en la cámara francesa á propósito del debate sobre libertades públicas, ocuparán en primer término y durante algunas semanas la atencion de los que siguen con interés el curso de la política extranjera.

Dejando nosotros este terreno por ahora, y volviendo los ojos á nuestro pais para terminar la revista ocupándonos de algo menos árido y enojoso que los asuntos políticos, vamos á decir dos palabras acerca de las novedades literarias y científicas de que hemos tenido conocimiento durante la semana última.

Pocas son estas novedades, aunque algunas de ellas de verdadero interés. La junta de Archivos y Bibliotecas ha acordado la formacion de un museo arqueológico donde se reunan y custodien los tesoros que poseemos de este género, casi abandonados y esparcidos sin orden en diferentes establecimientos públicos. La importancia de esta determinacion creemos inútil encajerla, pues aunque nos parece que viene un poco tarde, y cuando ya los traficantes y especuladores han hecho desaparecer los objetos dignos de estima, asi en muebles, armas y medallas, como en pinturas, códices y trajes de que tan rico era hace pocos años nuestro pais, todavía reuniendo lo que se conserva y haciendo adquisiciones por medio de personas inteligentes, podrá formarse un museo de grande utilidad para el estudio de escritores y artistas. Y ahora que de museos hablamos, parécenos ocasion oportuna de dar, por último, cuenta á nuestros lectores de la aparicion del *Catálogo provisional historial y razonado del Museo nacional de pinturas*, formado por don Gregorio Cruzada Villaamil. Solo teniendo conocimiento de la falta de datos y noticias acerca del origen y procedencia de estos cuadros, falta con que ha tenido que tropezar desde luego el señor Cruzada al emprender su tarea, puede apreciarse debidamente la diligencia esquisita, la perseverancia y el buen acierto con que la ha llevado á cabo. El *Catálogo del Museo nacional*, por el orden con que en él se encuentran clasificadas las producciones de las diferentes escuelas que lo componen, por las noticias biográficas de los autores que contiene, y el tino con que, aunque ligeramente, se juzgan sus principales obras, puede servir de material importante para la historia de la pintura española, sobre la cual tan poco se ha escrito aun, á pesar de la merecida fama que goza entre nacionales y extranjeros.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

LAS PALMAS Y LAS CARRACAS.

EL DOMINGO DE RAMOS Y EL DE RESURRECCION.

Es siempre toda religion un sentimiento, y un sentimiento popular en la mas lata espresion de la palabra. Toda religion de vitalidad y de porvenir se enlaza y se funde y se engrana con todas las costumbres, las diversiones y todas las dichas é infortunios de los pueblos.

El paganismo griego y romano, en medio de los duros y sangrientos ataques que recibió de la severidad de los apologistas y de los padres de la Iglesia Griega y Latina, fue una religion esencialmente popular y democrática, y por eso Varron en su gran obra de la lengua latina, que desgraciadamente se ha perdido, y de la cual nos conservó algunos fragmentos

San Agustin en su *Mística ciudad de Dios*, distinguía la teología filosófica, la teología oficial y la teología popular; pero sucede con las religiones como con las lenguas. Unas y otras se forman por los pueblos y para los pueblos. En vano los filósofos, en vano los sacerdotes como los académicos se empeñan en depurar, en limar y en pulir. Su trabajo es honroso y digno de loa, pero completamente estéril: las lenguas y las religiones se determinan y se fijan á gusto del pueblo, y los reformadores como los grandes escritores y hablistas, fijan la religion y la lengua, encarnándose en el pueblo, satisfaciendo sus necesidades y sus gustos, indentificándose y confundiendo con lo que hay mas antiguo, vivaz y profundo en el genio de una religion ó de una lengua.

El politeísmo greco-romano, gran preparador é iniciador del cristianismo en su pompa, en su liturgia y en sus formas esternas, obedeció admirablemente á esta ley popular, y puede decirse, que si bien reconoció su origen como todas las religiones en muchas ideas y prácticas de los gimnosofistas de la India, de los samaneos de la Bactriana, y de lo que los lingüistas y grandes filólogos modernos, como Guillermo de Humboldt y Máximo Müller llaman la civilizacion Aria ó Ariena, cuna de todas las civilizaciones, y si bien debió su forma oracular y mitológica á los sacerdotes del Egipto, á los monges bouddhistas, y á los adoradores del fuego, ó de los persas, el politeísmo greco-romano tuvo su originalidad, su vida propia, su autonomia, y se distinguió sobre todo por el culto de sus héroes y de sus genios y semidioses. La civilizacion griega, descartando su pecado original que fue la esclavitud, levantó al hombre por medio de la libertad y de la elocuencia; y la religion griega la elevó hasta el apoteosis. El gran sistema filosófico, conocido con el nombre de *Evhemerismo* supone que los Saturnos, Júpiter, Mercurios, Vulcanos y Neptunos no fueron sino mortales elevados al rango de dioses supremos por sus grandes servicios y merecimientos en la tierra. Esta teoría religiosa equivale á la teoría famosa entre los orientales de las *encarnaciones* de los bouddhas, que es á su vez una consecuencia del gran dogma de la India, el de la metemosis y trasformacion de todas las cosas.

Asi pues las Dionisiacas, las fiestas de Baco, las Lupercales, las fiestas de mayo, los augurios y auspicios etruscos, los aniversarios y apoteosis de los griegos y romanos, sus célebres oráculos de Colophon, Delfos, sus rios, sus términos, sus montes, bosques y lagos, y todas las fuerzas naturales convertidas en dioses por la rica y fecunda imaginacion de los griegos, su panteon adaptado á todos los usos de la vida y á todas las necesidades del corazon, todo esto se formó por el pueblo, se conservó por el pueblo, y constituyó la religion mas popular y poética que se ha conocido en el mundo.

Lo que las reminiscencias religiosas del Oriente fueron al politeísmo greco-romano, lo fue el judaísmo para el cristianismo. Nacido éste en la Palestina, adoptado y predicado por judíos, hubo en los primeros años despues de la muerte de Jesus un momento verdaderamente grave y solemne para el cristianismo naciente: el momento en que se disputó si el cristianismo debía limitarse á ser una depuracion de la ley mosaica, ó una religion nueva. Estas dos tendencias las representan hasta cierto punto San Pedro y San Pablo. El primero muy inclinado á todas las tradiciones judaicas, el segundo muy dado á considerar el cristianismo, como lo que era; una buena nueva, y de consiguiente una religion nueva. San Pedro se convenia no sin mucha lucha, y los nuevos y verdaderos destinos del cristianismo se fijaron en el concilio de Jerusalem celebrado por los Apóstoles.

Mas á pesar del triunfo de Pablo sobre Pedro, es decir del cristianismo sobre el judaísmo, de Jesus sobre Moisés, este triunfo no ha sido jamás tan completo en el mundo cristiano y occidental, que se haya borrado y eclipsado completamente. La Iglesia ha sostenido siempre que la ley mosaica no fue sino la preparacion de la ley cristiana; sus grandes teólogos y espositores han sostenido que el Viejo Testamento era la *sombra*, y el Nuevo la *realidad*, han afirmado igualmente que el Evangelio habia abolido toda la parte ceremonial y legislativa de la ley judaica y conservado únicamente lo eterno é imperecedero de la misma que es la moral; y Exegetas tan notable, como fray Luis de Leon en su célebre y clásica obra de los nombres de Cristo han defendido con sublime elocuencia, que la legislacion mosaica era la legislacion de la *materia* y del rigor, mientras el Evangelio era la ley de la bondad y de la *gracia*. Mas á pesar de todas estas afirmaciones casi dogmáticas, cuando se estudia la historia y desenvolvimiento del cristianismo asi en lo mas íntimo de la vida religiosa, como en las formas esternas y en las costumbres populares, el filósofo y el pensador encuentran que el cristianismo ha conservado y conserva en nuestros dias mucho mas judaísmo del que era de esperar de afirmaciones tan terminantes y absolutas: puede y debe decirse mas, que la reforma protestante considerada bajo este punto de vista, fue un verdadero retroceso, y que los pueblos protestantes fueron y son mas judaicos que

los pueblos católicos romanos. Estudiando la Biblia, es decir, el Nuevo y Viejo Testamento, se encuentra un antagonismo evidente: todo lo que es material, rígido, absoluto, intolerante y cruel, se halla en el Viejo Testamento y en la legislacion judaica: todo lo que es espiritual, suave, expansivo, impregnado de amor y fraternidad universal, tiene su fundamento en los cuatro Evangelios, en las cartas de San Pablo, en las actas de los apóstoles, en los primeros cánones de la Iglesia y en los escritos de los santos padres, sobre todo en los de San Juan Crisóstomo, Basilio, Gregorio de Nacianzo y Gregorio de Nisa, San Agustin y San Ambrosio. Y se puede asegurar, sin riesgo de equivocarse, que todos los fanatismos y todas las doctrinas ultramontanas, y todas las medidas de rigor y persecucion adoptadas en los siglos medios y continuadas casi hasta nuestros dias, tienen su apoyo en textos espesos del Antiguo Testamento. Tan cierto es que el judaísmo, aunque fue abolido por el cristianismo, vivió en su espíritu y hasta en su letra en la historia cristiana.

Perdónennos los lectores de El Museo estas observaciones generales antes de describir brevemente el origen y fundamento de las palmas y carracas, que tanto se han arraigado en nuestras prácticas y costumbres religiosas de Semana Santa, puesto que veremos que ellas tienen su fundamento y como su raíz en las prácticas religiosas del pueblo judaico.

La Pascua era la fiesta nacional por excelencia de los judíos, como era el gran recuerdo de haber pasado de la servidumbre de Egipto á la independencia y nacionalidad conquistadas por Moisés y por Tomé. Los cristianos á imitacion de esta solemnidad establecieron la Pascua de la Resurreccion, en memoria de la de Jesucristo, y que los fieles de los primeros tiempos de la Iglesia celebran en la misma época, en que los judíos hacian su pascua. Asi encontramos establecida esta gran fiesta desde los primeros años del cristianismo, y solemnizada con toda la pompa que permitian las circunstancias. Ella comprendia lo que llamamos Semana Santa, ó la gran Semana, es decir el dia de la Resurreccion y su octava. Durante este tiempo los cristianos se agolpaban al rededor de sus altares, participaban de los misterios divinos, y se ejercitaban en la práctica de todas las buenas obras y sobre todo de la limosna. En estos dias los catecúmenos, ó recientemente convertidos á la fe, recibían el bautismo, los obispos celebraban órdenes, y se conocia lo mismo que en nuestros dias una preparacion á esta gran solemnidad por medio del ayuno cuadragesimal, habiéndose introducido el costumbre de emancipar los esclavos en estudios, y de libertar los presos de las cárceles. La celebracion de la fiesta Pascual desde el origen del cristiano comprueba la verdad de la resurreccion de Jesucristo, como la Pascua Judía era un testimonio vivo y permanente de la servidumbre de los hebreos en Egipto y de su maravillosa libertad.

Precede en el mundo cristiano á esta gran solemnidad conocida con el nombre de Pascua de Resurreccion el Domingo de Ramos, entre nosotros, el Domingo de Palmas entre los italianos, y aun segun algunos la Pascua florida. La palma, el mas bello y elegante de todos los árboles conocidos, era el simbolo del triunfo en los pueblos orientales y por ello se coloca ordinariamente en las manos de los mártires y de los generales vencedores. Se llama Domingo de Ramos porque los fieles llevan en este dia palmas benditas como un recuerdo de la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalem: en Roma se trenzan las palmas con un arte maravilloso, y el Papa las distribuye á los principales dignatarios de la Iglesia y el Estado.

Origen mas humilde, mas incierto, aunque mas popular, tienen las carracas con que durante la Semana Santa se llama á los fieles al oficio divino, y que usan los muchachos al concluir las tinieblas en estos dias sagrados. La Iglesia ha querido inspirar el recogimiento y la meditacion durante la conmemoracion de la pasion de Jesucristo, y por eso desaparece el toque de las campanas, que se sustituye en tales dias con el uso de las carracas. Pero es lamentable, que subsista y subsista con tal fuerza tan molesto uso, puesto que habiendo sido el objeto primitivo de la Iglesia inspirar el silencio, el recogimiento y el dolor, difícilmente podia inventarse una costumbre mas ruidosa, mas molesta y contraria á los santos fines, que la Iglesia se ha propuesto en estos dias memorandos, que recuerdan al cristianismo el mas grande y sublime de los misterios, el de un Dios que descendió del Cielo para cargar con los pecados de los hombres y para inmolarse por su eterna salvacion.

FERMIN GONZALO MORON.

LA VISION DE CARLOS XI.

En general nos reimos de las visiones y apariciones sobrenaturales, y sin embargo hay algunas referidas y esplicadas por hombres tan dignos y respetables, que negándoles nuestra creencia, deberíamos para ser consecuentes rechazar en masa toda evidencia histórica.

Una declaración escrita en forma regular y firmada por cuatro testigos dignos de todo crédito, garantiza la autenticidad del hecho que vamos á narrar, pero debemos advertir ante todo, que la predicción de que se trata fue conocida y citada mucho antes de que se cumplieran los acontecimientos á que se refiere, los que tuvieron lugar cerca de nuestro tiempo.

Cárlos XI, padre del célebre Cárlos XII, fue uno de los soberanos mas despóticos, pero al mismo tiempo mas sabios que ha habido en Suecia. Disminuyó los inmensos privilegios de la nobleza, abolió el poder del Senado y dió leyes por su propia autoridad; en una palabra, cambió la Constitución del país que hasta entonces habia sido oligárquica, y obligó al gobierno á que le diera una autoridad absoluta. Aparte de esto, era un hombre ilustrado, valiente, adherido firmemente á la religion luterana, pero de un carácter inflexible, frio, decidido y que carecia por completo de imaginación.

En la época á que nos referimos acababa de perder á su mujer Ulrica Leonor, y aunque se decía que la dureza con que la habia tratado habia acelerado su fin, Cárlos XI la apreciaba mucho y pareció afectado por su muerte, debilidad que apenas podia esperarse en un corazon tan duro. Desde este acontecimiento se habia puesto mas triste y taciturno que nunca, y se dedicaba á los negocios del Estado con una asiduidad tal, que daba á conocer un vehemente deseo de sustraerse á sus penosos pensamientos.

Al anochecer de una tarde de otoño se hallaba sentado con bata y pantuflas delante de un gran fuego, en su gabinete del palacio de Stockolmo, acompañado por su gentil-hombre el conde Brahe, á quien honraba con este favor, y por su médico Baumgarten, que hubiera dudado de todo en el mundo menos del poder de la medicina. Aquella tarde habia sido llamado el médico por alguna indisposición insignificante cuyo nombre no sabemos. La noche se acercaba, pero el rey contra su costumbre no los habia indicado que era tiempo de que se retirasen. Con la cabeza baja y los ojos fijos en el fuego guardaba un profundo silencio, cansado de su compañía pero temiendo sin saber por qué el quedarse solo. El conde Brahe conociendo que su presencia no era muy agradable, habia espresado ya varias veces sus temores de que su magestad necesitara reposo, pero un gesto del rey le hizo quedarse en su sitio. El médico á su vez trató de hablar acerca del efecto pernicioso de las últimas horas del día sobre la salud, pero Cárlos le contestó entre dientes: permaneced donde estais, no tengo deseos de dormir.

Procuraron entablar la conversacion sobre diferentes objetos, pero todos sin embargo se terminaban á la segunda ó tercera frase. Era evidente que el rey se hallaba en uno de sus malos momentos, y en semejante circunstancia la posicion de un cortesano es muy delicada. El conde Brahe suponiendo que la tristeza del rey procedía de su pesar por la pérdida de su mujer, fijó sus ojos por algun tiempo en el retrato de la reina que se hallaba colgado en el gabinete, y dijo con un profundo suspiro: ¡Cuán parecido es este retrato á la reina! ¡mirad que expresion tan magestuosa y tan bella al mismo tiempo!

¡Bah! dijo el rey bruscamente porque le parecia una reconvenccion cada vez que se pronunciaba el nombre de la reina; este retrato la hacia demasiado favor, la reina era fea. Despues irritado consigo mismo por su dureza, se levantó y empezó á pasearse por la habitacion para ocultar la sensacion que le hacia sonrojarse; luego deteniéndose delante de una ventana que daba al patio se puso á mirar por ella. La noche estaba oscura y la luna en su primer cuarto lanzaba en torno suyo una claridad pálida y vacilante.

El palacio que ocupan ahora los reyes de Suecia no estaba terminado entonces, y Cárlos que le habia comenzado habitaba el antiguo palacio situado en la punta de Ritterholm que da al lago Melar; este palacio es un hermoso edificio en forma de herradura. El gabinete del rey estaba en una de las estremidades y casi frente á él se hallaba la sala en donde se reunian los Estados cuando recibian órdenes de la corona.

Las ventanas de esta sala aparecieron en aquel momento alumbradas por una luz muy viva; lo que llamó la atencion del rey. Al principio creyó que esta luz provenia de alguna antorcha que tendria algun criado, pero ¿qué podia hacer á semejante hora en una sala que no se habia abierto durante tanto tiempo? Además el resplandor era demasiado vivo para que le produjera una sola antorcha. Unicamente podia creerse que era un incendio, pero no se veía humo, los cristales de las ventanas no estaban rotos y no se oía ruido alguno, todo lo cual parecia indicar una iluminación formal y cuidadosamente preparada.

Cárlos miró las ventanas durante algun tiempo sin pronunciar una palabra. El conde Brahe sin embargo estendió la mano hácia el cordon de la campanilla para hacer que un page averiguase la causa de esta luz singular, pero el rey le detuvo diciendo: iré yo mismo á la sala.

Al decir estas palabras vieron que se ponía mas pálido y que su rostro espresaba una especie de terror religioso. Sin embargo de esto salió con paso firme

seguido del gentil hombre y del médico, cada uno de los cuales llevaba una hacha encendida.

El portero que tenia á su cargo las llaves se habia retirado ya á descansar. Baumgarten le despertó, ordenándole de parte del rey que abriese inmediatamente las puertas de la gran sala de los Estados. La sorpresa de este hombre fue grande al oír tan inesperada orden, pero vistiéndose á toda prisa se reunió al rey con un manojo de llaves. Primero abrió la puerta de una galería que servía como de antecámara á la sala. El rey entró pero ¿cuál fue su asombro al ver que todas las paredes estaban tendidas de negro!

—¿Quién ha dado orden para que se tiendan así las paredes? preguntó el rey con tono irritado.

—Nadie, señor, que yo sepa, contestó el portero temblando; la última vez que limpié esta galería, las paredes estaban cubiertas de madera como lo han estado siempre. Desde luego estas colgaduras no pertenecen á las de vuestra magestad.

El rey entre tanto habia atravesado con paso apresurado, casi la mitad de la galería. El conde y el portero le seguían de cerca, pero el médico se habia quedado mas atrás, indeciso entre el temor de estar solo y el de esponerse á una aventura que tenia un principio tan extraño.

No vayais mas allá, señor, gritó el portero, ¡por mi alma que hay hechicería en esto! A estas horas y desde su muerte, se dice que la reina vuestra noble esposa, pasea por esta galería. ¡Dios nos proteja!

¡Deteneos, señor! gritó el conde á su vez; ¿no oís el ruido extraño que sale de la sala de los Estados? ¿Quién sabe á qué peligros se esponen vuestra magestad?

Señor, exclamó Baumgarten, cuya luz se habia apagado casi por una ráfaga de viento; permitidme á lo menos que os traiga una escolta de vuestros guardias.

¡Entrad! dijo el rey con voz decidida; y deteniéndose delante de la puerta de la gran sala, se volvió hácia el portero y le dijo con tono imperativo: abre esa puerta. Al decir esto dió en ella un golpe con el pie, y el ruido repetido por los ecos del techo abovedado, resonó en toda la galería como el estampido de un cañonazo.

El portero temblaba tanto, que en vano trataba de introducir la llave en la cerradura, porque no atinaba. ¡Un antiguo soldado y temblar así! dijo Cárlos encogiéndose de hombros. Venid, conde, abridnos esta puerta.

Señor, dijo el conde dando un paso hácia atrás; si vuestra magestad me hubiera mandado ponerme á la boca de un cañon dinamarqués ó alemán, obedecería sin vacilar; pero son los poderes de lo desconocido lo que quereis que desafie.

El rey arrancó las llaves de las manos del portero. Sé bien, dijo con tono de desprecio, que estas cosas me conciernen á mí solo. Y antes que los que le acompañaban pudieran impedirselo, habia abierto la pesada puerta de roble y entrado en la sala grande, pronunciando estas palabras: «con la ayuda de Dios.»

Sus tres acompañantes, poseidos de una curiosidad mas fuerte que el miedo, y tal vez avergonzados de abandonar á su rey, entraron con él.

La gran sala estaba alumbrada por un número infinito de hachas. Colgaduras negras habian reemplazado á la tapicería antigua; las banderas de Alemania, de Dinamarca y de Rusia, trofeos de los soldados de Gustavo Adolfo, se hallaban colgadas como de costumbre en las paredes. En medio estaban las banderas de Suecia cubiertas con un crespon fúnebre, y los ojos del rey y de los que le acompañaban se fijaron en un espectáculo tan sorprendente al contemplarle, como increíble al describirle. Una asamblea inmensa ocupaba los bancos. Las cuatro órdenes del Estado, la nobleza, el clero, los comerciantes y los labradores se hallaban sentadas cada una segun su rango, pero todos los individuos estaban vestidos de negro. Esta multitud de rostros humanos que aparecian luminosos en el fondo oscuro, destumbraba de tal manera, que los cuatro testigos de tan extraordinaria escena no podian distinguir en los grupos ni un solo rostro conocido.

En el trono elevado en donde el rey arengaba ordinariamente á la asamblea, se veía un cadáver ensangrentado, vestido con todas las insignias reales. A su derecha habia un niño con una brillante corona en la cabeza y un cetro en la mano. A la izquierda un anciano, ó mas bien otro fantasma, se apoyaba en el trono. Su traje era el de los antiguos jueces de Suecia. En frente del trono varias personas de aspecto grave y austero, vestidas con largos trajes negros, y que parecían ser jueces, se hallaban sentados delante de una mesa cargada con grandes folios y pergaminos. Entre el trono y los bancos de la asamblea habia un tajo cubierto con un paño negro; al lado estaba colocada una hacha.

Ninguno de los que formaban parte de esta asamblea terrible y sobrenatural, pareció echar de ver la presencia de Cárlos y de sus tres compañeros. Al entrar éstos no oyeron mas que un murmullo confuso, en el que era imposible distinguir claramente ni una sola sílaba; pero poco despues, el mas anciano de los jueces del traje negro, y que parecia hacer de presidente, se levantó y dió tres golpes con la mano en un volumen abierto que tenia delante de sí. Un silencio tan profundo como el de la muerte reinó en toda la

sala, y entonces entraron por una puerta que se hallaba en frente de aquella por donde habia entrado Cárlos, varios jóvenes de hermosa presencia y de porte distinguido, con las manos atadas atrás, y se adelantaron con la cabeza erguida y con ademán sereno. Detrás de ellos un hombre de formas atléticas, con un traje de cuero, tenia las estremidades de las cuerdas que ataban sus manos.

El que iba á la cabeza y que parecia ser el mas importante de los prisioneros, se detuvo en medio de la sala delante del tajo, al que miró con soberbio desden. En aquel momento el cadáver tembló con un movimiento convulsivo, y un torrente de sangre fresca corrió de nuevo de sus heridas. El joven se arrojó inclinando la cabeza; el hacha entonces brilló en el aire y cayó con un sonido sordo y pesado; un reguero de sangre saltó hácia el dosel del trono y se mezcló con la del cadáver regio, mientras que la cabeza separada del tronco rodó sobre el pavimento ensangrentado y llegó á los pies del mismo Cárlos, salpicándole de sangre. Hasta este momento la sorpresa le habia hecho enmudecer al rey, pero esta horrible escena le devolvió el uso de la palabra. Avanzó algunos pasos hácia el dosel del trono, y dirigiéndose á la figura que llevaba el traje de los antiguos jueces de Suecia, pronunció con entereza aquella fórmula tan conocida: «si vienes de Dios habla, pero si eres del diablo véte y déjanos en paz.»

El fantasma contestó lentamente y con una voz de profunda solemnidad: «Cárlos, rey de Suecia, esta sangre no correrá en vuestro reinado (aquí la voz fue menos perceptible), pero cinco reinados despues, ¡compasion, compasion á la casa de Wasa!» Dicho esto, las formas de los numerosos personajes de esta maravillosa asamblea se fueron haciendo gradualmente menos claras y parecieron estinguirse en sombras que apenas tenian un ligero color, hasta que por último se desvanecieron en el aire. Las hachas de los espectros fueron apagadas por manos invisibles, quedando solo las de Cárlos y sus compañeros que lanzaban una claridad vacilante sobre la tapicería usada y llena de polvo que se movía á cada ráfaga de viento. Por algun tiempo oyeron aun un sonido melodioso y melancólico, que uno de los testigos comparó al murmullo de la brisa entre las hojas y otro al ruido que hacen las cuerdas de una harpa al romperse. Todos sin embargo estuvieron unánimes en que esta aparicion habia durado diez minutos. Los tapices negros, la cabeza cortada, la sangre que habia corrido por el suelo, todo habia desaparecido con los fantasmas; solamente la bata del rey tenia una mancha de sangre, como única señal que habia quedado para traer á su memoria las escenas de aquella noche terrible, si no hubieran quedado bien grabadas en su memoria.

Cuando volvió á su gabinete el rey hizo una declaración por escrito de todo lo que habia visto y la firmó con sus compañeros.

A pesar de las precauciones que se tomaron para ocultar el contenido de esta declaración, pronto fue conocido aun durante la vida de Cárlos XI. Esta declaración existe todavía hoy tal como la escribió el rey, y hasta el presente nadie ha puesto en duda su autenticidad. Las palabras con que termina este documento son notables: «Y si lo que yo refiero, dice el rey, no es la verdad exacta, renuncio á toda esperanza de una vida mas feliz despues, vida que he merecido por varias acciones buenas y sobre todo por el celo con que he trabajado por la felicidad de mi pueblo y por sostener los intereses de la religion de mis antepasados.»

Recordando la muerte de Gustavo III y la sentencia de Aukarstroem, su asesino, encontramos mas que una mera afinidad entre este acontecimiento y las circunstancias de tan singular profecía.

El joven decapitado en presencia de los Estados de la nacion, parece ser Aukarstroem.

El cadáver coronado, Gustavo III.

El niño, su hijo y sucesor, Gustavo Adolfo IV.

Finalmente, el anciano puede muy bien ser el tío de Gustavo Adolfo IV, que fue regente del reino y rey de Suecia despues que destronaron á su sobrino.

Pero esta vision ¿es una verdad? Hé aquí una cosa que no es fácil decidir; únicamente repetiremos que la declaración del rey fue conocida durante la vida del mismo monarca y por lo tanto mucho tiempo antes de que tuvieran lugar los sucesos á que se refiere con tan extraña exactitud. En cuanto á este suceso podemos repetir las palabras de un escritor extranjero: «hay mas cosas en los cielos y en la tierra que las que soñamos en nuestra filosofía.»

A.

CEREMONIAS DE LA SEMANA SANTA

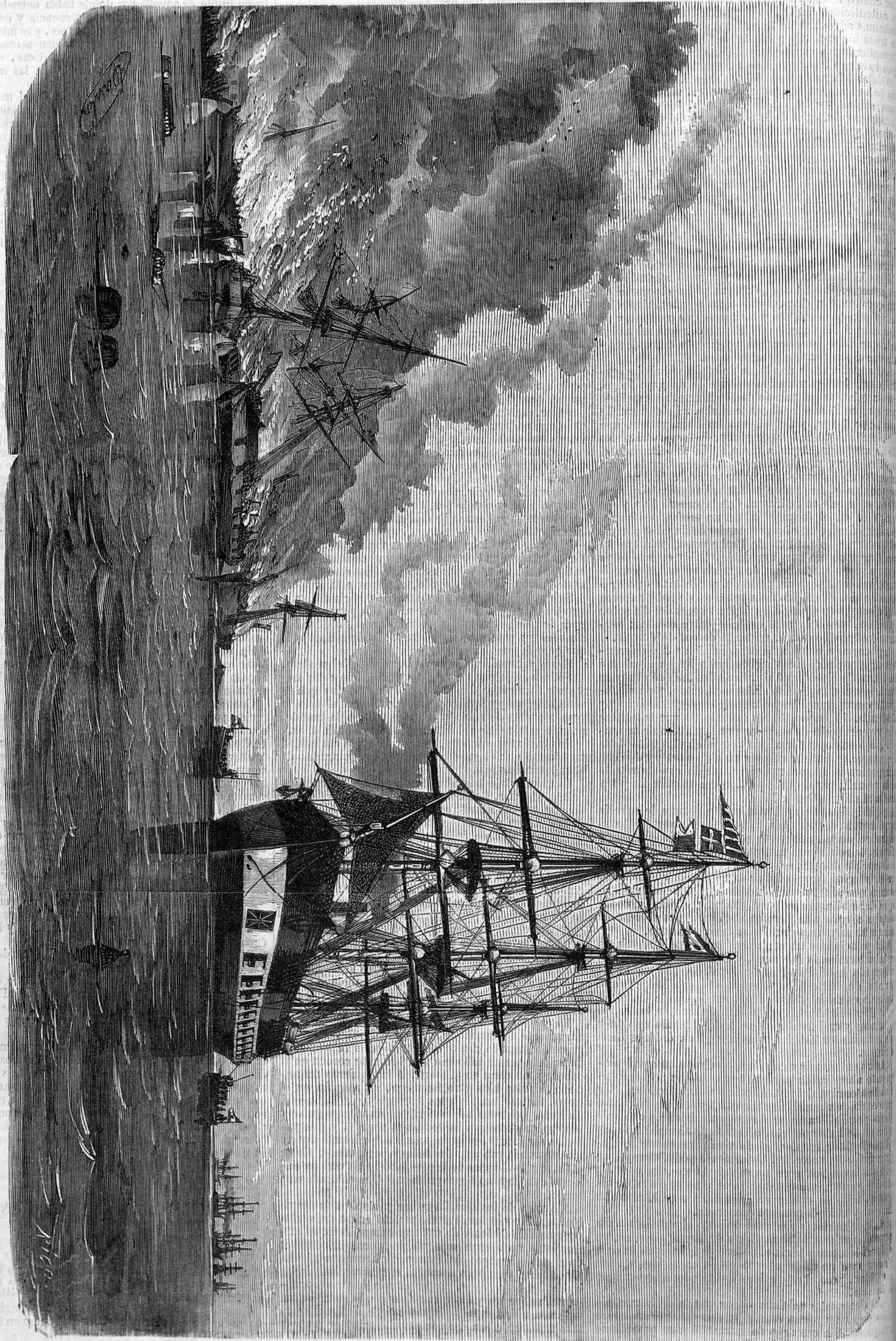
EN JERUSALEM.

(CONTINUACION.)

LA JERUSALEM DE MIS SUEÑOS.—LA JERUSALEM VERDADERA.—LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO.—LA PIEDRA DE LA UNCIÓN.—EL SEPULCRO DE CRISTO.—EL CALVARIO.

Cuando yo era niño, destumbraba mi imaginación el pensamiento de Jerusalem. Muchas veces en las ro-

QUEMA DE LOS BUQUES MERCANTES CHILENOS APRESADOS POR LA ESCUADRA ESPAÑOLA.



dillas de mi madre cerraba yo los ojos para contemplar interiormente la ciudad de Cristo, mientras ella me leía algunas páginas de la Biblia. Veíala resplandecer en la gloriosa cima de una montaña, con monumentos de mármol y oro, y maravillosas columnatas, que se elevaban hasta los entreabiertos cielos, sosteniendo un templo en forma de cruz, tan brillante y espléndido que no era posible mirarlo.

Adolescente luego, me había formado una idea enteramente opuesta y mas elevada aun de lo que es Jerusalem. Me imaginaba que se había respetado la sencillez, la rudeza, el carácter trágico de las escenas de la Pasión, y me parecía ver á alguna distancia de la ciudad moderna, en la soledad y el silencio, el monte Calvario, desnudo, desgarrado; el sepulcro de Cristo hecho en la roca viva, abierto, vacío; y todo este sagrado espacio del drama cristiano alternativamente calcinado por el sol ó azotado por la lluvia y los vientos, con sublimidad de tristeza en las horas de las tinieblas y sublimidad de horror en medio de las tormentas de la naturaleza. Apenas quería yo suponer, en torno de los Santos Lugares, una débil barrera para proteger contra indiscretos fervores aquellos eternos testimonios de la misión del Dios-Hombre.

¡Qué ilusiones!

—¿Dónde está el monte Calvario? dice el peregrino.

—Torced á la derecha, subid aquella escalerilla, y en el primer piso lo vereis, responde el guía.

El monte Calvario y el sepulcro de Cristo están ocultos, cubiertos de adornos de mármol ó de plata entre los muros de un edificio sin verdadera grandeza y sofocados entre el conjunto inextricable de sucias y feas casas.

El palacio del menor reyezuelo cristiano es de un acceso mas fácil y de un aspecto mas digno é imponente que la iglesia del Santo Sepulcro. Se me dirá: el altar del Hijo de María no tiene necesidad de fausto ni riquezas. Ciertamente: la sencillez es lo que mejor sienta á lo que es grande por sí mismo. Pero, ¿dónde está tampoco esa sencillez? La verdadera sencillez es el arte sublime. Ahora bien: esto no es lo que se encuentra en el primer templo del mundo cristiano. Si un católico, si un filósofo siente cierta emoción en el santuario del Santo Sepulcro, es solo por el íntimo poder de la fe religiosa ó por otra razón superior y á pesar de la influencia de lo que vé.

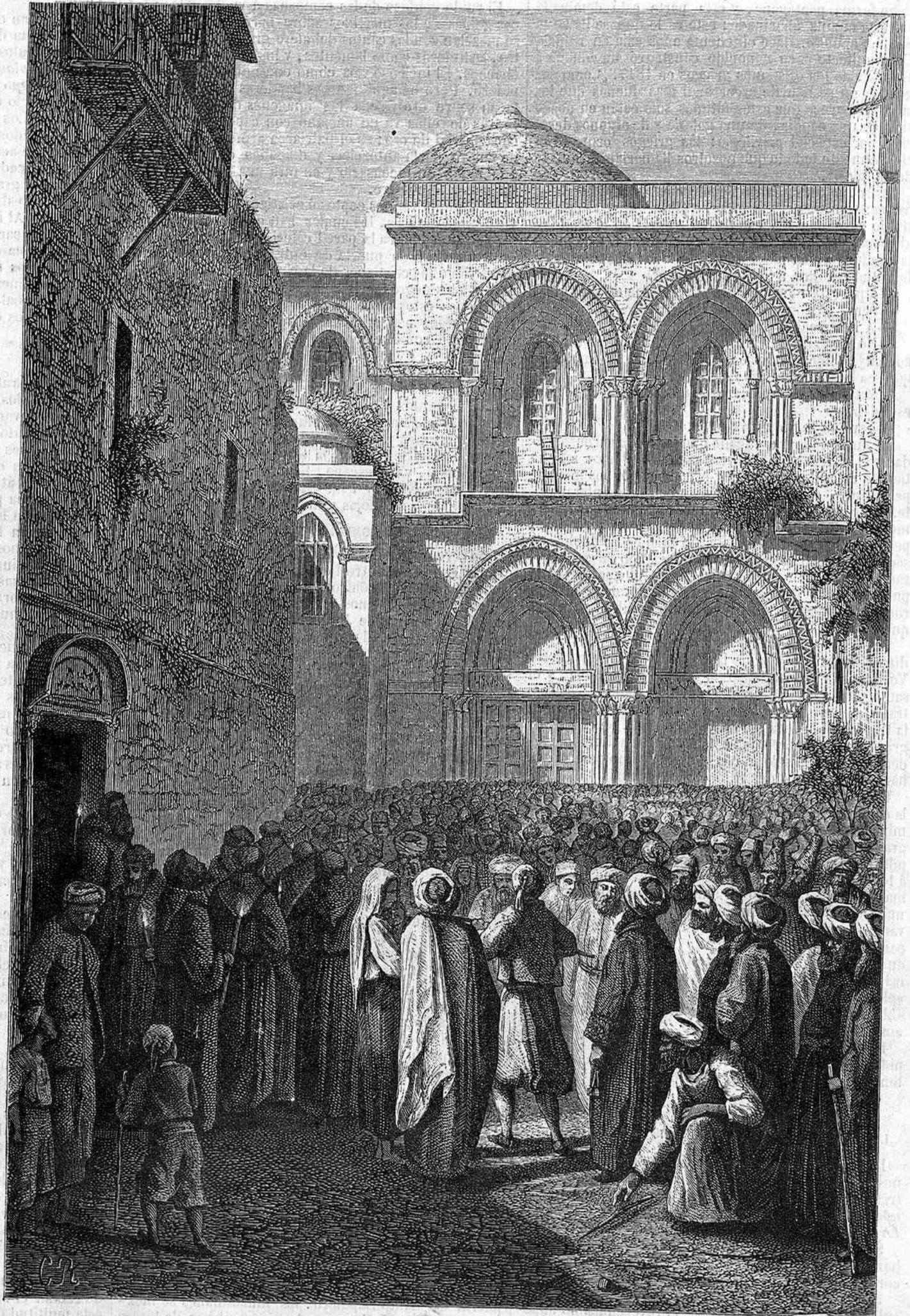
Al regreso de mi primera visita á esta iglesia escribí algunas notas precipitadas que voy á insertar aquí:

«Calle mas fangosas que los caminos, erizadas de piedras y casi impracticables. Cerca de una antigua puerta del Santo Sepulcro, hay un miserable mercado. Mas lejos, y bajo una bóveda, vendedores de cruces, rosarios y medallas; otros recodos, otra bóveda, un dédalo, infinitas escaleras, pues la iglesia está bajo el nivel de las casas que la rodean; despues una plazuela cuadrada y llena en este momento de hombres y mujeres de la Iglesia Griega, que muestran al público sus mercancías, estendiéndolas por el suelo. Fatigado con todas estas marchas y contramarchas, con el ruido y el tumulto, pregunto por qué no se me ha conducido á la fachada principal, y se me contesta que no hay mas fachada que la que tengo delante. A decir verdad, no es esto feo, pero está muy lejos de lo que uno sueña.

«Empujado aun, oprimido y pisado, llego y puedo salvar el umbral de la puerta, y desde los primeros pasos por el sagrado recinto, una escena estraña me recordaría vivamente, si hubiera podido olvidarlo, que aun en la iglesia estoy en plena Turquía.

»Sobre una especie de estrado cubierto con un tapiz y algunos cogines, hay acurrucados, reclinados ó acostados cinco ó seis turcos que fuman, beben café

mol rojo, elevada algunos centímetros sobre el nivel del pavimento. Segun me dicen, es la piedra de la unción, es decir, la piedra en que Jesus fue puesto y



PROCESION DE LA VISPERA DEL DOMINGO DE RAMOS LLAMADA «TOMA DE POSESION DEL SANTO SEPULCRO,» EN JERUSALEM.

Y juegan al ajedrez: son los guardianes del templo, pero mas bien parecen serlo de un almacen de mercaderías ó de un espectáculo de feria. ¡Desdichado el cristiano que quisiera entrar sin exhibir su billete! ¿Creen algunos cándidos que tienen como cristianos el derecho de entrar en la iglesia de Cristo? Pues cuenta, que hay allí apercebidos buenos palos para romperles los huesos á los *perros cristianos* que se dejan llevar de semejante confianza. Mas dentro entreveo algunos fusites que brillan sobre los hombros de los turcos.

»El primer objeto que hiere mi vista, á algunos pasos del divan, es una gran piedra cuadrada de már-

tingido por José de Arimatea antes de ser depositado en el sepulcro.

—¿Cómo! ¿Había tan bello mármol cerca del Calvario?

—No: esa no es la verdadera piedra de la unción: la piedra en que reposó el divino cuerpo está oculta debajo. Esa es justamente la que yo hubiera querido ver. Si es preciso imaginársela, tan bien está uno en su país como en Jerusalem. No hay necesidad de venir tan lejos para ver un mármol rojo.

Me impaciento por ver el sepulcro de Cristo: esto es lo que mas me interesa.

Un poco á la derecha, me encuentro bajo una gran

cúpula, cuyo centro está abierto y se cubre con una tela cuando llueve. Debajo de esta abertura hay un pequeño monumento de mármol, una especie de cuadrilongo, cuya fachada tiene cinco metros y medio de latitud por unos ocho de profundidad, y está adornado de pilastras. Por la parte opuesta á su entrada tiene forma pentágona, y esta parte está dominada por una cúpula abocinada: esto es lo que se llama el Santo Sepulcro. Hace cincuenta años caía en ruinas. Un arquitecto poco conocido construyó un edificio á espensas de los cristianos griegos en 1817. ¿Cómo los griegos no se han de creer aquí mas dueños que los latinos? Parece que estos últimos solo están en posesión de una capilla, de una galería y de algunos derechos por especial privilegio: los griegos ocupan exclusivamente todo lo que nosotros llamaríamos la nave de la iglesia.

Entro, pues. El Santo Sepulcro está dividido en dos partes: la primera, adornada de pilastras, sirve de vestíbulo y se llama la capilla del Angel; en el fondo se abre una puerta baja, estrecha y cimbrada. Esta puerta conduce á una pieza que tiene unos dos metros de longitud por dos á lo mas de latitud.

—Aquí está el sepulcro de Cristo, me dijo mi guía.

—Pero, ¿á dónde está el sepulcro?

—A la derecha.

—No veo mas que un cofre de bello mármol blanco, cuya tableta superior está hendida. Es imposible que sea este el sepulcro de Cristo.

—Sin duda: el verdadero sepulcro no se vé, porque está debajo.

—Aquí no se vé jamás nada.

Después me han explicado que las piedras consagradas por la tradición habrían sido desde hace mucho tiempo rotas, arrancadas y estraidas por los mismos peregrinos, si no se las hubiera ocultado enteramente. Al principio se practicaron tres agujeros en el mármol del falso sepulcro para poder ver el verdadero; pero algunos cristianos hallaron medios de quebrar y sacar algunos fragmentos, introduciendo largas tenazas de hierro por estos agujeros. Así es que, salvo la puerta interior del Santo Sepulcro, donde la antigua roca está descubierta, no ve uno á su alrededor mas que mármol.

Después voy al Calvario, á donde me conducen en dirección de la piedra de la *Uncion* y del divan turco. Volvemos la cabeza hácia la puerta de entrada, y el santo monte está á la izquierda. Compónese, ¡cosa extraña! de una planta baja y de un primer piso. Según la tradición, la roca del Calvario no era, en efecto, de grande altura, pero debía tener una anchura considerable. De ella solo queda la cima, como quiera que han desfigurado ó destruido todo lo demás.

En la planta baja me hicieron visitar dos salas: una la capilla de Adam, otra una pequeña sacristía que termina por un almacén. Escaleras modernas de pocas gradas conducen al piso superior, dividido en dos capillas, de las cuales una pertenece á los griegos y otra á los latinos. En el fondo hay una elevación: es la cima del Gólgota; pero ni aun allí se vé otra cosa que mármol. Un altar cubre el mismo sitio en que se eleva la cruz; únicamente á un metro y medio una parte de la roca al descubierto deja ver una hendidura de unos dos metros, vestigio del terremoto descrito en el Evangelio: «Y hé aquí que el velo del templo se desgarró en dos de alto á bajo; la tierra tembló, las rocas se hendieron y se abrieron los sepulcros.»

Después he visitado el resto de la iglesia; pero rápidamente. Durante las ceremonias de Semana Santa tendré mas tiempo de estudiarlo.

III.

LAS CEREMONIAS.—VISPERA DEL DOMINGO DE RAMOS.

Hoy, vispera del Domingo de Ramos, las comuniones cristianas, divididas por falanges, con sus patriarcas á la cabeza, hacen su solemne entrada en la iglesia del Santo Sepulcro. Llámase esta ceremonia *La toma de posesion de los Santos Lugares*.

Según una antigua costumbre, que respetan con harta estrañeza nuestra los cismáticos, el pequeño cortejo de los latinos es el que abre la marcha.

Salen del patriarcado. El patriarca italiano, el cónsul de Francia y su canciller, el reverendísimo superior de los franciscanos y los peregrinos atraviesan las calles, precedidos de tres guardias turcas ó *karas*.

Al entrar en la iglesia, los peregrinos besan la piedra de *Uncion*.

El patriarca se dirige entonces hácia el monumento del Santo Sepulcro, penetra solo en el interior, y ora.

Después se le sigue á la capilla de la Resurrección, donde dá á besar su anillo á los peregrinos.

Esto no es mas que un modesto prefacio de la gran solemnidad.

Un gran estrépito llega á nosotros: los soldados turcos, formados en fila, descansan sobre las armas. Apresurámonos á subir á una de las galerías superiores, refugio necesario y que felizmente nos pertenece. Hé aquí la muchedumbre de los griegos.

El patriarca griego es un viejecito de aspecto venerable: está vestido ricamente; bendice con una mano

en que tiene una brillante cruz de diamantes y en la otra lleva otra cruz dorada con doble anillo. Los sacerdotes ó papas que marchan delante de él van cubiertos con tocas negras, visten capas rojas, doradas ó blancas, y ofrecen á la adoración de los fieles magníficos evangelios forrados de terciopelo ó de oro.

El ruido confuso de las campanas á vuelo, y los secos golpes de los martillos sobre barrotes de madera se mezclan con los cantos del clero griego, cantos tristes, lastimeros como lamentos, y los gritos de los muchachos. El incienso vela como una nube el Santo Sepulcro. Pero hé aquí algunas banderas donde se destacan sobre oro y seda las imágenes de los santos. Detrás de ellas va un anciano con capucha negra y capa pluvial de oro: es el patriarca armenio en medio de cuatro porta-antorchas y diáconos que llevan en una mano un incensario y en otra una pequeña capilla gótica de relieve.

En seguida van los coptos ó cristianos de Egipto con vestiduras blancas, los cuales han construido un miserable altar contra la pared exterior del Santo Sepulcro, opuesta á la puerta de entrada. Entre ellos me muestran á los cristianos de la Nubia, con capas blancas, y á los negros cristianos de la Abisinia con tres turbantes: estos no se distinguen solo por sus trajes, sino tambien por sus cantos de rara melodía, que acompañan con el estridente ruido de sus címbalos de cobre.

Todo este espectáculo me parece casi increíble. ¡Cuánto dista todo esto de nuestra liturgia, tan tranquila, mesurada y digna! No sé á dónde mirar. A mi vista todo se remueve y confunde: mis oídos atronados no perciben ya mas que un rumor confuso. ¿Es esto el Santo Sepulcro ó la torre de Babel?

Desciendo, y me escapo, hendiendo la muchedumbre, y me creo muy feliz cuando llego á respirar el aire libre de las callejas y mercados.

EL DOMINGO DE RAMOS.

Las ceremonias del Domingo de Ramos ó día de las palmas estaban en otro tiempo precedidas de una especie de prólogo escénico.

Los religiosos latinos iban muy temprano á Bethpagé, aldea á donde Jesucristo solía ir á pernoctar con sus discípulos. El reverendísimo superior iba montado en un asno cubierto con un rico tapiz; dos católicos notables de Jerusalem llevaban las bridas, y los religiosos con el pueblo marchaban á la cabeza cantando. El camino estaba sembrado de ramos y flores. La multitud se apiñaba á la puerta de Jerusalem, y los latinos entonaban el *Hosanna*.

Posteriormente se ha suprimido esta procesion.

Los latinos han oido misa hoy al amanecer, á fin de dejar el sitio libre á los griegos. Debajo de la cúpula, y ante el Santo Sepulcro se había levantado un altar muy exornado y alumbrado espléndidamente, y cerca de él un estrado con su dosel para el patriarca latino. Sobre el mármol del Santo Sepulcro había una multitud de palmas, que bendijo el patriarca después de haber entrado en la fúnebre cámara. Luego llevaron fuera estas palmas, que, según dicen, vienen del país de Gaza. Algunas de ellas, las de los dignatarios eclesiásticos y legos, están decoradas con flores y una triple corona. El patriarca, sentado bajo el dosel, las distribuyó á los latinos, que sucesivamente se inclinaban ante él, mientras que éste les recordaba en sus preces la rama de olivo que la paloma trajo al arca de Noé. Después se hizo una procesion, llevando las palmas alrededor del sepulcro y hasta á la piedra de la unción. Desde allí fueron á misa á la capilla de Maria Magdalena.

Preciso fue precipitar esta marcha: las oleadas de los cismáticos rodaban hasta nosotros con una impetuosa casi espantosa. Encendiéronse mil luces bajo la cúpula, en la parte de la iglesia que forma la nave donde solamente los griegos tienen el derecho de reunirse. Cerca del altar hay una columnita rodeada de un círculo de mármol blanco. Esto es, según dicen los griegos, el centro de la tierra, el *ombigo*. Todo el edificio se pobló, como la vispera, de cantos y ruido.

Felicitábase este año de que el orden no se haya turbado durante la distribución de las palmas. Al parecer, el orden es aquí cosa rara. En 1831, por ejemplo, unos cristianos ortodoxos, sobre todo bellemitas, temiendo no alcanzar palmas, se precipitaron hácia la puerta del Santo Sepulcro: los musulmanes se mezclaron en la confusion con el mismo objeto de tomar parte en la distribución, y tuvo lugar un escandaloso tumulto. El celebrante tuvo que refugiarse en el sepulcro, encerrándose en él. Los turcos, guardianes del templo, acudieron con sus palos y látigos, y descargaron una lluvia de zurriagazos sobre todo el pueblo. Pero si el domingo pudo evitarse el escándalo, no me privaron de él los días siguientes en el átrio y en la puerta del templo.

Jamás he visto dar tantos palos como la Semana Santa en Jerusalem, bien entendido que siempre son los cristianos quienes los reciben y los musulmanes quienes los dan.

MIERCOLES SANTO.

Desde el domingo al martes no pasa nada de notable en el interior del Santo Sepulcro. Solamente van

á orar los peregrinos á las estaciones de la Via Dolorosa.

El Miércoles Santo van muy temprano al monte Sion. Un santón musulmán guarda la sala donde el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, y donde, según la tradición, había depositado David el Arca de la Alianza.

Luego visitan el valle de Josafat, el huerto de las Olivas, la gruta de la Agonía, la roca en que durmieron los discípulos, el sitio en que Judas abrazó y entregó á su Divino maestro.

Vuelven luego á la ciudad para asistir á las tres de la tarde al oficio de las Tinieblas en la iglesia del Santo Sepulcro. Los religiosos, sentados delante de unos atriles colocados junto á la puerta del Sepulcro, cantan con triste acento los sagrados salmos de David y Jeremías. Sucede luego una oración en voz baja, y después, con gran admiración mía, los religiosos arman un gran estrépito, golpeando en sus libros, bancos y atriles. Al instante los muchachos católicos, que esperaban impacientes esta señal, agitaron ruidosamente sus castañetas, haciendo tal estruendo, que los guardias turcos irritados acudieron y los lanzaron del templo brutalmente. La infantil tropa se trasladó entonces al arrabal cristiano, donde repitió su alboroto á la puerta de los católicos ricos.

JUEVES SANTO.

El Jueves Santo es un día privilegiado para los cristianos sometidos á la autoridad de la Santa Silla, los cuales conservan el derecho de usar exclusivamente la iglesia del Santo Sepulcro desde la mañana del jueves hasta el viernes al mediodía. Los cismáticos no paran su atención en este privilegio.

Al llegar al átrio, vimos un altar levantado por los griegos en una plataforma. Como que les está prohibido entrar en la iglesia, tienen que oficiar afuera.

No eran aun las ocho de la mañana, y ya la multitud de cristianos griegos, armenios, maronitas, coptos, etc., era inmensa. Las calles inmediatas, las azoteas de las casas y de los conventos estaban cuajadas de gente que oraba piadosamente. La piedad tranquila de esta gran muchedumbre causa una fuerte impresión en el alma.

Gracias á nuestros karas, atravesamos el gentío y entramos en la iglesia. ¡Qué contraste con las escenas de los días anteriores! Todo es ahora soledad y silencio. Tan pocos estamos dentro, que el templo me parece grande y magestuoso. Nos agrupamos delante del altar levantado hácia la fachada del Santo Sepulcro y el estrado ó trono del patriarca. Algunas señoras, y mujeres árabes asisten á la misa, que no se celebra con la precipitación ordinaria. En seguida viene la comunión.

Después del oficio se emprende la procesion ordinaria alrededor del Sepulcro y de la piedra de la Unción.

A la vuelta, y delante del Sepulcro, se recibe la bendición patriarcal.

A las dos el celebrante lava los pies á doce peregrinos de naciones diferentes, ceñido con una tohalla de lino y acompañado de un diácono y un subdiácono que llevan otras tohallas y el agua en una palangana: el celebrante besa el pié que ha lavado, haciendo en él el signo de la cruz.

Muchos peregrinos pasan la noche en la iglesia del Santo Sepulcro.

VIERNES SANTO.

Las ceremonias y escenas del Viernes Santo me han dejado un estraño recuerdo. El oficio se hizo por la mañana en el Calvario. Así que se terminó, y bien que los latinos tuvieran el derecho de esperar hasta el mediodía se abrieron las puertas de la iglesia. Nada puede dar una idea de lo que ví desde lo alto de una galería. En menos de media hora se halló el templo transformado en una especie de gran hostelería que presentaba el espectáculo mas inimaginable para un hombre que va en línea recta de su pueblo á Jerusalem.

Hay que saber que el gran interés de la Semana Santa para los griegos no es precisamente asistir á la representación de la Pasión y muerte de Cristo, sino de recibir el sagrado fuego del Sábado Santo. Toda esta multitud de pobres peregrinos que me había inspirado tanta lástima cuando en largas caravanas desfilaron por la puerta de Belén, esperaba conmovida y palpitante en el átrio y en el barrio inmediato. Jamás llegaré á describir lo que pasó en este momento. Evano lo ensayaré, y por tanto creo lo mejor citar algunas líneas de uno de nuestros correligionarios.

«Cada familia (de la Iglesia Griega) trae sus utensilios domésticos, pues se trata de pasar veinticuatro horas en el Santo Sepulcro para asistir á la ceremonia del sagrado fuego y recibir sus primeros destellos. Los hombres traen esteras, colchones, mantas; las mujeres, con sus hijos en brazos ó tirando de ellos, traen vasijas de barro con agua, olivas, galletas y leche cuajada en cestos de esparto. Todo este gentío se precipita, y en un instante invade el templo.

»Los mas afortunados, los primeros, han estendido

ya sus lechos alrededor del monumento del Santo Sepulcro, de donde ha de salir el fuego sagrado; otros se sitúan al pie de las columnas, dejando apenas espacio para la circulación, que no se hace sino pisándolos. Llena la cúpula, se refugian en el coro de los griegos y en las galerías superiores. En la pared exterior del coro de los griegos se ven grandes armarios elevados tres metros sobre el nivel del suelo. A los escasos rayos de luz que penetran por las ventanas, se ven acurruadas, apretadas en líneas como los libros de una biblioteca, un gran número de mujeres, que nos recuerdan los ídolos de los templos de la India.

«Ocupada la superficie entera de la iglesia, aun procuran estenderla para hallar un sitio tan deseado, un sitio por el cual han arrostrado tantos peligros y fatigas. Apodéranse de todas las partes salientes de las columnas y de las cornisas, y establecen pequeños tabladillos formando plataformas en que pueden aun colocarse por encima de la multitud. Aquí se está á lo menos en mas libertad: entre las columnas, como en una localidad de teatro. Véase continuamente una procesion de hombres, de mujeres, de niños, que traen objetos de campamento. Se come, se fuma, se toma café sin gran tumulto: la policia no tiene que intervenir. Solo al entrar se toma una medida preventiva: se registra á los hombres, y se depositan sus armas, ocultas ó aparentes, en el divan. Pistolas, puñales, yataganes, están allí á la vista en un curioso desorden. Desde la hoja comun, envuelta en una grosera vaina de cuero, hasta el puñal damasquino con la suya de terciopelo y relieves de oro y pedrería.

«Y todos se dejan registrar sin oponer la menor resistencia.»

Mientras que los griegos acampan así en la iglesia del Santo Sepulcro, los latinos oran aun en las estaciones de la Via Dolorosa, y no vuelven al templo hasta la noche para asistir á una procesion, que es en cierto modo todo un drama en accion y dura hasta media noche.

Una figura de bulto representa á Jesus con cabeza y miembros flexibles.

A las seis de la tarde los padres de Tierra Santa salen con este gran Crucifijo de la capilla de la Santa Virgen. Seguidos de fieles y con antorchas en las manos, van cantando alternativamente el *Stabat Mater* y el *Miserere*. Detienen sucesivamente en los altares de la *Division del vestimento* y del *Oprobio*, donde se recitan las primeras escenas de la Pasion. Despues se dirigen hácia el Calvario, y un sacerdote refiere entonces, mostrando el Crucifijo, todo lo que el Hijo de Dios padeció en el Gólgota. Otros sacerdotes toman la divina imágen, la fijan con clavos á una cruz y la plantan en el mismo agujero en que se plantaba en otro tiempo el árbol divino de la humana redencion. La relacion del drama continúa. La voz del predicador se sofoca entre los gritos y sollozos, no solo de los presentes, sino tambien de los que están en el fondo de la iglesia. Por mucho tiempo no se oye mas que este ruido doloroso arriba y abajo, debilitándose ó creciendo como á ráfagas en la vasta estension del santuario. Finalmente, un religioso se acerca á la cruz, trayendo en una mano un martillo y en otra unas tenazas. Primero arranca la corona de espinas, en cuyo momento se inclina la cabeza de Jesus; despues los clavos de las manos, que caen á lo largo del cuerpo; últimamente, los clavos de los pies, deslizándose el cuerpo en lienzos que tienen otros religiosos. La procesion entonces se pone en movimiento, llevando el sagrado cuerpo á la piedra de la Uncion, donde prosigue el drama imitativo. Un paño blanco cubre el mármol rojo, en cuyos cuatro ángulos hay unos vasos de perfumes. Un sacerdote los derrama en el cuerpo, envuelto en un sudario, y quema aromas, recordando las palabras del Evangelio. Por último, se deposita el Cristo, entre lamentaciones dolorosas, en el interior del Santo Sepulcro, sobre el mármol que lo cubre.

(Se concluirá.)

X.

ASUNTOS DE CHILE.

QUEMA DE LOS BUQUES MERCANTES CHILENOS, APRESADOS POR LA ESCUADRA ESPAÑOLA.

DE UN CROQUIS REMITIDO.

Los partes telegráficos primero, y despues diferentes correspondencias, nos han dado noticias de la quema de los buques mercantes chilenos apresados por nuestra escuadra en el curso del bloqueo de las costas y puertos enemigos. Esta inesperada determinacion del bizarro jefe de las fuerzas navales españolas, ha llenado de espanto al gobierno de Chile, el cual comienza á comprender cuán duras y terribles serán las represalias con que nuestros valientes marinos están dispuestos á vengar el agravio inferido á nuestra bandera con el alevoso apresamiento de la *Covadonga*.

REPAROS A UNAS DEMOSTRACIONES

CRÍTICAS.

Núm. 8.

(Párrafo 2.º de las demostraciones.—MUSEO UNIVERSAL, núm. 54 de 1864).

Escribe el señor Acosta en el citado número, correspondiente al 18 de diciembre:

«*Texto de Cervantes*: «Estando en esto, vieron que hácia donde ellos estaban venia un hombre á pie, caminando apriesa y dando varazos á un macho, que venia cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos, los saludó y pasó de largo. Don Quijote le dijo: buen hombre, deteneos; que parece que vais con mas diligencia que ese macho ha menester. No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que veis que aquí llevo, han de servir mañana; y así me es forzoso el no detenerme.»

«El señor Hartzzenbusch, en lugar de *mañana*, escribe *acaso mañana*...»

«Se ve clarísimamente en lo que hemos copiado del texto del *Quijote*, que el conductor de las armas caminaba con suma priesa. Su contestacion debia ser la mas favorable al propósito que de no detenerse habia hecho. Pues bien, *mañana* es mas perentorio que *acaso mañana*; y por eso dijo *mañana*, como escribió el gran Cervantes, y no *acaso mañana*, como escribe el señor Hartzzenbusch.»

No sin alguna priesa tambien andaria el señor Acosta, cuando al copiar el trozo que dejamos reimpresso, no reparó en omitir lo que puso Cervantes despues de las palabras: «me es forzoso el no detenerme.» Síguense éstas: «Y á Dios. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo (las armas), en la venta que está mas arriba de la ermita pienso alojar esta noche; y si es que haceis este mismo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas; y á Dios otra vez.»

Clarísimamente se ve en la segunda y última parte de la contestacion dada por el conductor del macho al buen Don Quijote, que no era la prisa de aquel tan grande como el señor Acosta supuso: bien pudo ingerir una palabra mas, antes del *mañana*, quien añadió en seguida mas de cuarenta.

Prisa llevaba el hombre; pero no le faltaban ganiellas de hablar, con las cuales no se repara en un vocablo de cinco letras. A no ser así, hubiera contestado sencillamente á Don Quijote: «No puedo detenerme: en la venta mas arriba de la ermita pienso alojar esta noche: si haceis este mismo camino, allí me hallaréis.» ¿A qué decirle nada ni de las armas, ni de las maravillas, cuando no se lo preguntaban? Era pues aquel buen hombre gentil hablador, como se vió luego en la puntual y saladísima relacion del asno perdido; y ya que habló con Don Quijote la primera vez mas de lo necesario, bien pudo y aun debió decirle lo conveniente:—la verdad, que no requería prolijas frases.

En las ediciones de Argamasilla se introdujo el adverbio *acaso* antes del *mañana* por esta razon.

Reunido en la venta el dueño del macho con Don Quijote, contó aquel á éste la ocurrencia de los dos regidores que rebuznaron para que un borrico les respondiera, y dijo al terminar su plática: «Yo creo que *mañana* ó *esotro dia* han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar... y por salir bien apercebidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habeis visto.» Creia el hombre que saldrian á campaña sus convecinos ó al dia siguiente ó al otro; pero no lo sabia con seguridad; pues en efecto no salieron hasta el cuarto dia despues: con que ó se contradijo el autor un poco, ó bien el conductor de las alabardas fingió ó mintió en algo, uno y otro sin necesidad, sin disculpa y sin gracia, defecto de que no se puede acusar á Cervantes.

El señor Acosta sostiene que entre decir primero «estas armas han de servir mañana» y decir despues «yo creo que mañana ó esotro han de salir en campaña los de mi pueblo», no hay contradiccion; pues aunque en realidad mintió el de las armas, fue porque iba de prisa y queria llegar á la venta cuanto antes. Pero como no era tanta la prisa (y eso queda probado), ni el decir *acaso mañana* le obligaba á pararse; y sobre todo, como no se paró, sino que arreó al macho de tal manera «que no tuvo lugar Don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles», la impugnacion del señor Acosta carece de razon, y por consiguiente de fuerza.

Y con todo, muy lejos estoy de sostener la introduccion del adverbio *acaso*; pues aunque armoniza dos proposiciones que sin él aparecieran contradictorias, pudo la contradiccion consistir, no en la omision de esa voz, que no afirmaré yo la escribiese Cervantes, sino en que las de *han de servir* estén equivocadas, y fueran en el original *han de ser recibidas*, ú otras mas á propósito. Sin dificultad quedaria el pasaje leyendo: «las armas que veis que aquí llevo, *las han de recibir*, ó *las he de entregar*, ó *las esperan*, ó *han de repartirse mañana*;» pues como el pueblo del rebuzno distaba solo de la venta cuatro leguas y media, claro es que el

comprador de las armas podia llegar á él y entregarlas al dia siguiente. Y repare el señor Acosta cómo pudo aquel hombre decir la verdad y justificar al mismo tiempo su prisa. Cuando Cervantes hace que mienta algun interlocutor de su inmortal novela, fácilmente deja comprender el por qué. Sancho, en la contienda con los yangüeses echó mano á su espada; Sancho sostuvo al disfrazado Tomé Cecial que nunca se la habia ceñido: mintió Sancho para escusarse de reñir con el que burlescamente le provocaba: burla llena de chiste, porque al decir aquella mentira, ignoraba Sancho que hablaba con su vecino y compadre, quien le habria visto con espada todas las veces que la habia sacado. Mas cómica es aquella otra mentira de Sancho, compuesta de muchas, cuando sin haberse movido del jardin de los Duques, y habiéndose figurado que habia hecho por los aires un viaje larguísimo, cuenta lances de él á los que le habian visto con los ojos vendados, inmóvil sobre Clavileño. No es de esta especie la mentira que atribuye al de las alabardas el señor Acosta. Quien tiene por bellezas de un libro inconsecuencias como el inoportuna y exageradamente celebrado *mañana*, en cualquier papelucho necio las hallará mas á menudo que en el *Quijote*.

El trozo que ha dado lugar á nuestra cuestion se halla en la *Segunda parte del Ingenioso caballero*, capítulo XXIV: de esta segunda parte no se hizo mas que una impresion legitima en vida de Cervantes, que murió á los cinco meses de publicarla. Es tan defectuosa como la primera de la primera parte, de cuyos errores no es posible dudar al ver las enmiendas que traen la 2.ª y 3.ª edicion de Juan de la Cuesta. Defender el texto de la segunda parte de *Don Quijote*, es lo que seria defender constantemente el de la primera en la primitiva edicion, la cual, preferible á veces, en la mayoría de los casos no puede seguirse.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

RUINAS.

(CONTINUACION.)

En efecto; tan pronto llegó la jóven, la fisonomía de Montenegro cambió de repente, doña Isabel le vió temblar, palidecer, tornarse rojo, y despues agitarse en su asiento como si tuviese hormiguilla, mientras la jóven le miró, se sonrió de una manera clásica, y paso adelante, Montenegro levantándose entonces como movido por un resorte, la siguió sin parar hasta que la jóven tomó asiento casi al lado de doña Isabel, que involuntariamente retiró atrás su silla.

Montenegro, puesto en pié delante de su ídolo y haciendo lo posible porque sus flacas piernas no temblasen á impulsos de la emocion que sentia, le dijo con un aire humilde y modesto, que encerraba un mundo de sufrimientos.

—¡Julia!... ¡Julia!... ¿quiere usted bailar conmigo este vals? Solo éste.

—Sigue usted mal el compás, le contestó riéndosele en sus barbas.

—Pero usted es maestra, y yo aprenderé á las primeras vueltas.

—Pero va usted á tropezar, volvió á responderle próxima á lanzar una carcajada, y mirando descaradamente para las suelas descosidas de las botas del hidalgo.

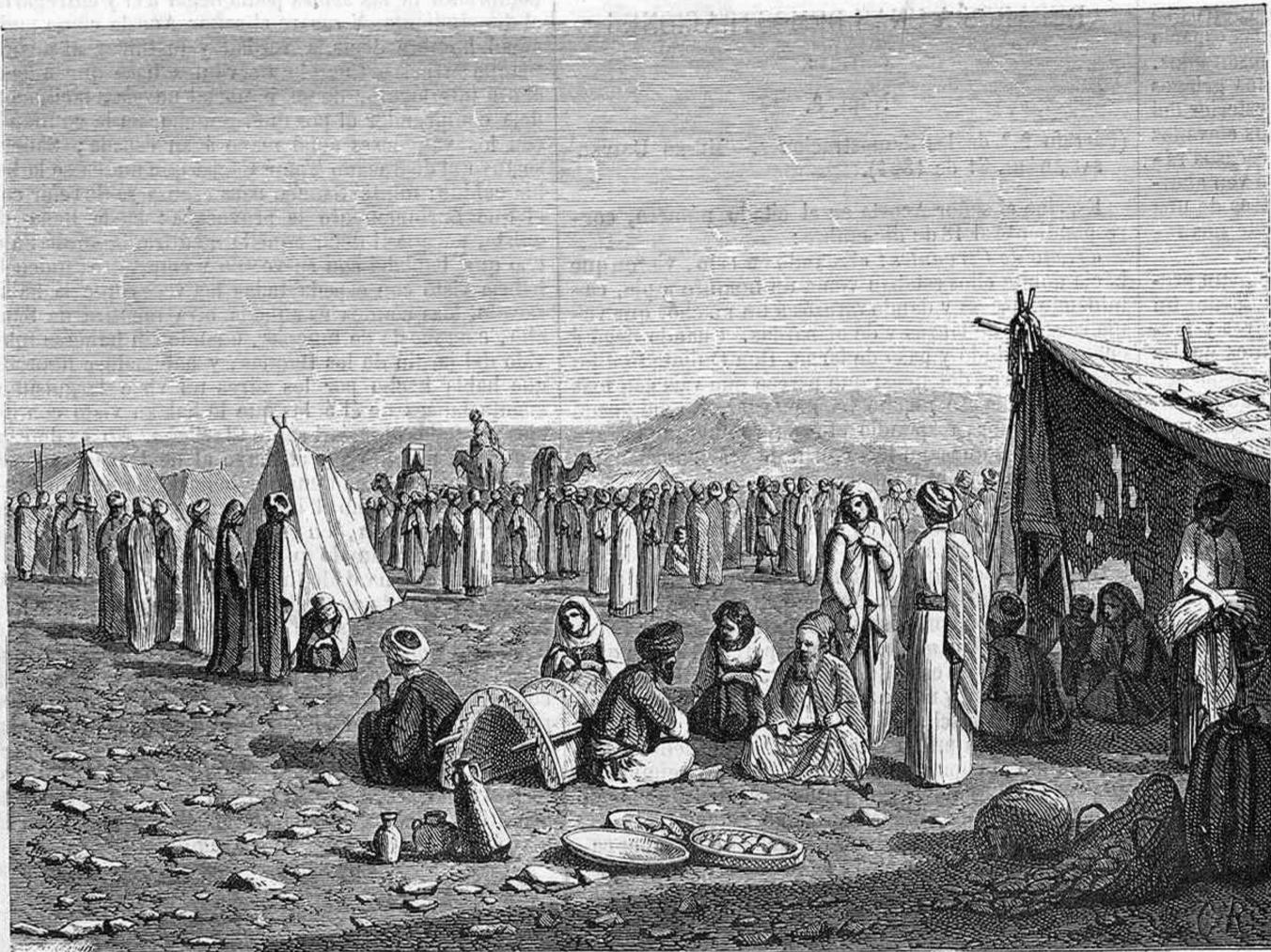
—¡Quizá!... respondió éste sintiendo que su rostro se cubria con el rubor de la vergüenza, y se retiró dos pasos. Siquiera las otras jóvenes no le hablaban nunca de sus botas. Pero la muñeca de ojos de cristal y tinta de china, sonriéndose para él dulcemente y atrayéndole por la punta de la levita, añadió como si se hubiese arrepentido de tanta crueldad.

—No vaya usted á ponerse compungido. Los hombres llorones son detestables. No sea usted soberbio; mañana le traeré á usted unos zapatos nuevos y bailaremos. Con esos es imposible.

—Es justo, muchacha. Tu abuelo era el zapatero del padre de Montenegro y á fé que le daba mucho que hacer. En recuerdo de esto, tu debes calzar al hijo.

La jóven volvió la cabeza al escuchar estas palabras dichas en voz alta y que habian llamado la atencion de muchas personas. Doña Isabel era quien las habia dicho, pero Montenegro al oirlas habia desaparecido.

Gran eco causó este suceso en la sala. Los unos se alegraban mucho de que la nieta del zapatero, hoy hija de un rico comerciante de *Lonja Cerrada* hubiese sido humillada en su orgullo, otros á quienes apretaba el zapato hecho en la misma horma, llamaban en su auxilio todos los sentimientos de igualdad y de fraternidad que han sido predicados hasta el dia, á fin de condenar el comportamiento de la anciana, que echaba en cara á una pobre niña haber tenido un ascendiente honrado, un hijo del trabajo, un *maestro de obra prima* que todo lo habia ganado con el sudor de su frente. De lo cual se enorgullecia su nieta, aunque sin querer que le hablasen de ello porque gustaba mucho de la modestia tan recomendable en las jóvenes *doncellas*. Estas dignas gentes *siempre hijas del trabajo* encontraban justo que la nieta de un hijo del



DESCANSO DE UNA CARAVANA DE PEREGRINOS GRIEGOS QUE SE DIRIGEN A JERUSALEM.

trabajo insultase y echase en cara á un pobre hidalgo que traia los zapatos rotos, pero les pareció inícuo que la anciana recordase á la jóven doncella aquello mismo de que se honraba, es decir, que era nieta de un hijo del trabajo que le habia legado (todo con el sudor de su frente) mucho dinero, y la vanagloria de poder vanagloriarse en secreto por aquello de la modestia, de tan honesta y honrada progenie.

Pero doña Isabel escuchó impasible ciertas murmuraciones que en pró y en contra se levantaron en torno de ella, dispuesta á salir otra vez á la palestra si volvian á provocarla, pero aquellas buenas gentes que la conocian se libraron muy bien de ello, guardándosela para mejor ocasion. Ella no se despidió sin embargo sin coger un violín que halló á mano (era una gran profesora) é improvisar una cancion á estilo de su tiempo cuya letra decia así:

En el pícaro mundo,
Que habitamos ¡ay sí!...
Toditos quieren dar
Ninguno recibir.
¡Ay sí!... ¡Ay sí!...
¡Qué necias son las gentes,
Qué necias, vive Dios,
Que quieren zurrar siempre
Y que las zurren no!
¡Ay no!... ¡ay no!...
Pero quieran, no quieran
Danzan todos á un son,
Que el mundo así fue hecho;
Tranlarailon, tranlarailon.

Doña Isabel fue aplaudida como lo era siempre en tales casos, pero á pesar de su triunfo no pudo dormir

en toda la noche, pensando en la desgracia de Montenegro y juzgándola casi irremediable.

Cuando don Braulio vino á verla al otro dia se lo contó todo, con muestras de la mayor afliccion.

—Nuestro amigo está perdido, le dijo por último. ¿Qué le parece á usted? ¡Perdido por una mocosuela bailadora de wals, que le echa en cara que no tiene zapatos! ¡Si yo fuese jóven... don Braulio! La verdad diré como si estuviese para morir, yo he sido siempre muy quisquilloso en materia de gustos y quizá es por esto porque la figura de Montenegro no me choca ni pizca á pesar de su barba dorada y de su arrogante apostura; pero si yo fuese hoy jóven, repito, hubiera sido capaz de ofrecerle mi mano á fin de que diese un bofetón al mundo, mas no hay que pensar en eso; esa chiquilla le desprecia y se acabó. Montenegro será capaz de morir de pena.

Así habló doña Isabel, pero con gran asombro vió que don Braulio no se irritaba como ella, que permanecía impasible, ni mas ni menos que si se tratase de la indigestion de algun caballero de la villa, no pudo, pues, menos que esclamar un poco enojada.

—¿Y usted no dice nada? ¡Si querrá usted tambien abandonar al pobre Montenegro? No es cosa de chanza, no lo crea usted, debe estar enfermo el infeliz, y desesperado, pues cuando salió ayer de la tertulia llevaba el rostro desencajado y cadavérico.

Don Braulio se levantó al oír esto y dijo sonriendo:—Entonces es preciso que vavamos á su casa y que le salvemos; ligerito, ligerito.

—¡Bendito sea Dios! Ya me parecia que no podría usted haber cambiado tan pronto; pero eso de salvarle es demasiado. Solo siendo muy rico y viajando podría llegar á olvidar á esa mujer, que conozco le ha herido en la mitad del corazon.

—Pues será rico, y viajará y olvidará á esa mujer que tiene mas humos que una duquesa, y que parece un chorlito.

—¿Qué me dice usted? ¿Sus parientes consentirán acaso buenamente en devolverle, aunque no sea mas que parte de sus bienes?

—¡Qué señora! Tanto valdria decirle á un gato hambriento que soltase buenamente el pez que hubiese robado; pero, en fin, señora, sépalo usted de una vez.

(Se continuará.)

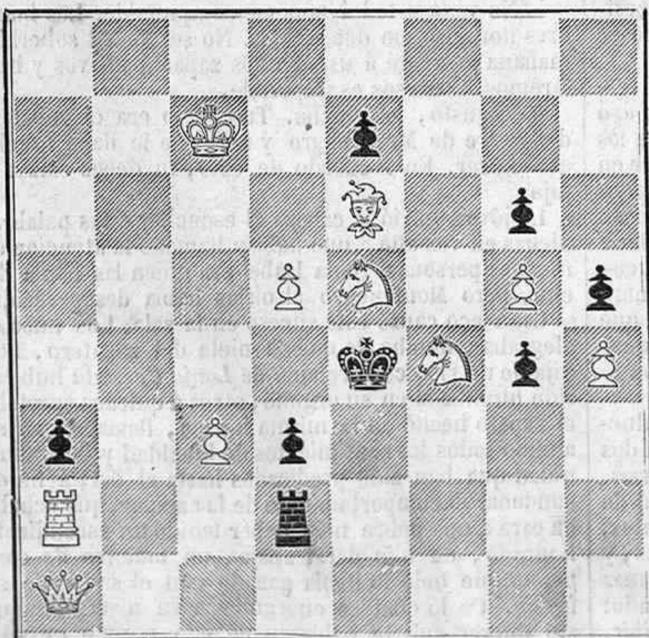
ROSALÍA CASTRO DE MURGUIA.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 50.

COMPUESTO POR DON M. ZAMORA (DE ALMERÍA).

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN TRES JUGADAS

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 48.

Blancos.	Negros.
1. ^a D 2 A D jaq.	4. ^a A 6 A D
2. ^a R T C	5. ^a P 6 C jaq.
3. ^a R e C	6. ^a P 7 C
4. ^a A 6 C R	7. ^a P 1 A
5. ^a T 5 R	8. ^a P 4 C
6. ^a P 5 T R	9. ^a P 5 C
7. ^a D e A D	10. ^a P 6 C
8. ^a D 5 R jaq.	11. ^a A 5 D
9. ^a T 5 C R	12. ^a A T D jaq. mate.

SOLUCIONES EXACTAS.

Café nuevo del Siglo: señores C. Valdespino, V. M. Carvajal, G. Dominguez, E. Castro, B. V. Garcés, J. Iglesias, J. Gonzalez, de Madrid.—J. S. Fábregas, de Tarragona.—M. Zamora, de Almería.—J. Romero, de Valladolid.—M. Campá Porta, de Vich.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 49.

1. ^a C 7 R á 5 D	1. ^a D 6 A D jaq. (A) (B).
2. ^a D 1 D jaq.	2. ^a C 1 D
3. ^a P 4 D jaq.	3. ^a R 5 A D
4. ^a T 4 C D jaq. mate.	
	(A)
	1. ^a T 5 D ó P juega.
	2. ^a P 1 D
	3. ^a T 5 A D
	(B)
	1. ^a C 6 T D
2. ^a D 1 C jaq.	2. ^a D 5 C D
3. ^a D 1 D jaq. mate.	

SOLUCIONES EXACTAS.

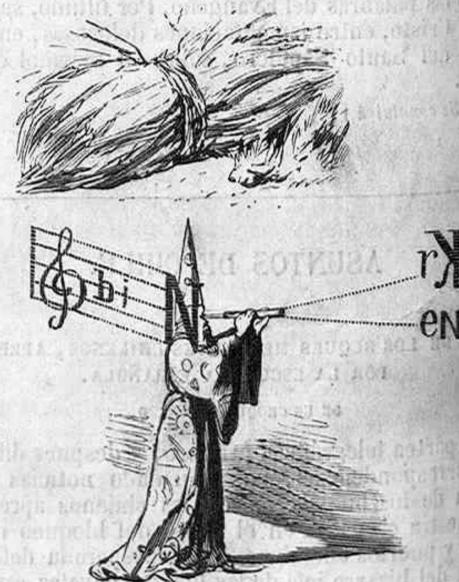
Café nuevo del Siglo: señores G. Dominguez, J. Gonzalez, E. Castro, J. Iglesias, de Madrid.—J. S. Fábregas, de Tarragona.—J. Romero, de Valladolid.—J. de Mazarredo, de Bilbao.

Correspondencia particular.—Señor don J. Romero. —Sirvase usted remitir las señas de su habitacion.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

En arca abierta el justo peca.



La solucion de éste en el próximo número.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD. IMPRENTA DE GASPARD Y ROIC, EDITORES: MADRID, PRINCIPAL.